

ESTE LIBRO DE EUNICE ALFONSO CHASE

EDUCA acaba de recopilar la poesía de nuestra compatriota Eunice Odio (1922-1974). En el acto de entrega del libro se pronunciaron estas palabras.

Me ha sido imposible presentar este libro de Eunice Odio. Me he quedado mudo ante la obra poética de Eunice, desplegada durante casi treinta años de labor por los campos de la poesía. Una mudez que se origina en ese terrible desamparo de la obra impresa, en esa soledad que me brinda un proyecto hecho realidad, independiente de la misma personalidad de Eunice, que de pronto entre mis manos es lo único que me queda de esta mujer admirable, discutida, negada y afirmada, pero siempre desconocida.

Entiendo que un libro de Eunice Odio no pueda ser presentado. Que existe como testimonio de la vida y la labor de una mujer extraordinaria, abocada a un oficio serio en la poesía. Impulsada por su propia personalidad nos brinda en este libro, árido y extraño, un testimonio colectivo: la pérdida de un territorio personal y el descubrir la posibilidad de comunicación por medio del mito, del escudriñar su propia persona para buscarlos en ella. Aún en esta actitud está presente su condición de águila cimera, de aristócrata de la palabra, de cumbre de nuestra poesía. Y sin perderse en los detalles de su propia anécdota desgarrada, nos ofrece un mundo poblado de ausencias, ángeles y demonios, caballos alados y floraciones que estallan entre las palabras. Como toda auténtica creadora se descubre entre la sílaba, pero se oculta en los símbolos que utiliza para dar forma a un universo en que devela el secreto del maíz, la esencia del olivo, la claridad de la muerte y la simpleza elemental de una vida agotada con intensidad y valentía.

Nos queda de Eunice apenas un fragmento. Los que conocimos y amamos su presencia humana, y literaria, estamos inhibidos de expresar un juicio

certero sobre su obra literaria. Estoy parcializado absolutamente ante una obra que he sentido crecer, echar brotes y florecer como un árbol plantado en medio del campo. Frente a los poemas de Eunice Odio sólo puedo sentir la reverencia que se siente ante una música grandiosa, el temor ante lo desconocido, llámase vida o muerte, o ese silencio que extendemos entre los que amamos y nuestra propia palabra.

Me gusta destacar esa cualidad de asombro que sentimos muchos ante la obra literaria de Eunice Odio, que es lo mismo que sentimos cuando la conocimos, cuando palpamos su grandeza y esas caídas que la hacían humana, hermosa y contradictoria, profundamente visceral y expresiva. Así como era su vida es su libro. Tiene cimas pero también le encontramos abismos. Crece y decrece como el mar y nos abandona como las mareas. Lo amamos por subjetivo pero también por esa calidad intrínseca de la verdadera obra de arte, que le hace parecer lejana de nuestro alcance emocional, pero cercana de nuestra propia identidad, allí donde la inteligencia se sobrepone al afecto y se expresa por medio de juicios certeros y hasta científicos.

Tengo derechos afectivos con este libro de Eunice Odio. Cuando le propuse la edición de sus poemas me contestó con una carta bellamente altanera, pero profundamente realista. ¿A quién le podía interesar la publicación de sus obras, ahora que no era ya ni costarricense? A nosotros, le contesté en una carta. A estos rostros que Ud. no adivina, a estas manos que hacemos poemas y escribimos artículos. Esa otra cara del país que Ud. no conoce y que por lo tanto está en la obligación de indagar y con la

cual debe aprender a dialogar. Nosotros no somos esos que Ud. aprendió a odiar o a despreciar. Somos Nosotros. Así, con mayúscula, enteritos de espíritu y cuerpo, con ambiciones y limitaciones, casi que el rostro de Ud. misma, señora escritora. Y así el libro se fue armando, con el entusiasmo de Eunice Odio y el apoyo de Italo López Vallecillos, amigo de los tiempos buenos y malos de Eunice Odio, que fue el impulsador de la edición desde el principio hasta su realización.

Y aquí tiene su libro, Eunice Odio. En esta tarde de verano ha salido para echarse a andar por los caminos, a pelearse con todos, a recibir elogios y también desdenes. Como si fuera Ud. misma que se echara a andar por las calles de nuestra ciudad, como en los días en que pergeñaba sus primeros versos hace treinta años, con toda la fuerza de la vida proyectada en sus pasos y apenas contenida por ese rostro suyo, que tanto amamos y recordamos.

Si nosotros venimos de Ud. Si nuestros poemas se engarzan con sus intentos y sus aciertos. Si su obra está ligada con el nacimiento de nuestro destino poético, Ud. no ha muerto mi querida Eunice.

Sé que esta noche, como escribe Marcel Proust del escritor Bergotte, sus libros estarán abiertos en las vitrinas de nuestras librerías, como ángeles mudos y solitarios, y que si bien Ud. no podrá ya verlos, como ansiaba, quedan nuestros ojos y esta mirada nuestra, que es la suya, proyectada sobre esta ciudad tan indiferente pero tan amable, tan dura pero también tan dulce, tan fría pero tan cálida, definitivamente suya, hasta lo profundo de los huesos y la vastedad de nuestras miradas.

EUNICE ODIO

POEMAS

DECLINACIONES DEL MONOLOGO

Estoy sola,
muy sola,

entre mi cintura y mi vestido,
sola entre mi voz entera,

con una carga de ángeles menudos
como esas caricias
que se desploman solas en los dedos.

Entre mi pelo, a la deriva,
un remero azul,

confundido,

busca un niño de arena.

Sosteniendo sus tribus de olores
con un hilo pálido,

contra un perfil de rosa,
en el rincón más quieto de mis párpados
trece peregrinos se agolpan

II

Arqueándome ligeramente
sobre mi corazón de piedra en flor
para verlo,

para calzarme sus arterias y mi voz
en un momento dado

en que alguien venga,
y me llame...

pero ahora que no me llame nadie,
que no quepo en la voz de nadie,

que no me llamen,

porque estoy bajando al fondo de mi pequeñez,
a la raíz complacida de mi sombra,

porque ahora estoy bajando al agónico
tacto de un minero, con su media flor al
hombro,
y una gran letra de te quiero al cinto.

Y bajo más,

a las inmediaciones del aire

que aligerado espera las letras de su nombre
para nacer perfecto y habitable.

Bajo,
desciendo mucho más,

¿quién me encontrará?

Me calzo mis arterias,
(qué gran prisa tengo),

me calzo mis arterias y mi voz,
me pongo mi corazón de piedra en flor,

para que un momento dado
alguien venga,

y me llame,

y no esté yo
ligeramente arqueada sobre mi corazón,
para verlo,

y no tenga yo que irme y dejar mi gran voz,

y mi alto corazón
de piedra en flor.

RECEPCION A UN AMIGO A SU LLEGADA A PANAMA

Lo sigo,
lo precedo en la voz
porque tengo,
como el humo en despoblado,
vocación de acuarela.

Cuénteme
cómo son ahí las cosas de consumo:

libros,
rosas,
tintineos de golondrina.

Aparte de todo eso
le pregunto

por los mangos geológicos
bordeándolo de pulpa,

y por un río nuevo,
sin mirarlo,

con pueblos de sonido
y longitud de Arcángel.

Dígame algo también sobre el pequeño litoral
donde recientemente el día,
como un celeste animal bífronte,

acampó en dos acuarios
y se llenó de peces.

O si lo recibieron unánimes los árboles
como cuando eligieron a la primera alondra
del año
y el día de florecer.

Resúmame ahora que tiemblo
benignamente
detrás de una golondrina,

ahora que me proponen públicamente
parque desnudo de mariposa

y estoy como las rosas
desordenando el aire.

